

La cosa grande, blanca y peluda se estaba zampano todo el helado de la cámara frigorífica. Unas cincuenta tarrinas de cartón mordisqueadas y vacías atestiguaban que había devorado la mitad de las existencias, y la criatura todavía no estaba satisfecha.

Desde la seguridad de la alejada entrada, Judy observó cómo la criatura se metía en la boca un tarro entero de dulce de leche Choc-O-Chiptastic y lo vaciaba de un sorbetón. El ser ladeó un poco la cabeza y olisqueó. Sus rasgos eran vagamente humanos, salvo la coloración azul del rostro y una boca y unas fosas nasales extremadamente grandes. Fijó en ella un ojo de color cobalto y resopló.

Judy se retiró a toda prisa y se dirigió hacia la sección de frutas y verduras, donde Dave estaba apilando lechugas.

—Creí haberte dicho que hicieras inventario de los helados.

—No hace falta —replicó ella—. Un yeti se los ha comido todos.

Él levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Bueno, tal vez no todos —matizó ella—. La vainilla no parece gustarle mucho.

—¿Qué?

Dave no era el tipo más espabilado del mundo, y la escasez de personal del supermercado Food Plus Mart y el gran número de horas extraordinarias realizadas le estaban pasando factura. El pobre debía de dormir unas tres horas diarias, cobraba nueve dólares la hora y tenía dos días de vacaciones pagadas al año, pero ella supuso que todo aquello le merecía la pena por trabajar en la dirección del glamuroso mundo de los supermercados.

—Es un yeti —insistió ella—, una cosa grande y peluda. Su sitio es el Himalaya, pero lo tienes en tu cámara frigorífica y se está papeando todo el helado.

—¿Qué?

La joven suspiró.

—Ve a verlo con tus propios ojos, Dave. Yo me encargaré de las lechugas.

El interpelado avanzó con paso cansino hasta la cámara y regresó.

—Hay un yeti en el congelador.

—Sí.

El encargado empezó a reponer lechugas junto a ella. Luego continuaron con los plátanos y la uva. Después fue a echar otro vistazo a la cámara frigorífica.

—¿Sigue eso ahí? —preguntó Judy.

—Sí. Ahora se está atiborrando de pollo congelado. —Se frotó la papada—. ¿Qué deberíamos hacer?

—A mí no me preguntes. Tú eres el jefe.

Dave se rascó la cabeza. Le costaba mucho hilvanar una sola idea coherente, eso era obvio. Judy se compadeció de él.

—¿No tienes ninguna agenda con los teléfonos de emergencias, Dave?

—Sí. —Dio un bostezo—. Pero dudo que allí figure nada sobre yetis.

—¿Lo has comprobado?

—Mmm..., pues no.

—Está en la oficina, ¿verdad? —preguntó la empleada.

Él asintió.

—¡Por el amor de Dios, Dave! Dame de una vez las llaves del despacho.

Pasó junto a la cámara de camino hacia la oficina. El yeti lo había dejado todo hecho un desastre y lo más probable era que le tocara a ella limpiarlo. No le importaba. Necesitaba el dinero de las horas extraordinarias.

La agenda con los teléfonos de emergencias era un bloc de anillas con un muñeco de nieve sonriente en la portada. Se sentó en la chirriante silla, apoyó los pies en el escritorio y fue pasando el dedo por las páginas. La lista de números no seguía ningún orden en especial, pero ella tampoco tenía prisa. Al cabo de quince minutos se decantó por el único posible teléfono adecuado, descolgó el auricular y marcó el número.

La línea del Servicio de Protección de Animales estaba automatizada: una voz pregrabada la informó del horario de atención al público, y Judy no se sorprendió al saber que las tres de la mañana no figuraba dentro del mismo. Estuvo en un tris de colgar, pero eso equivalía a elegir entre escuchar otra grabación o ponerse a trabajar en el pasillo de la comida enlatada, lo cual, en realidad, no era una elección.

Tras dos minutos de interminable sonsonete, que ella sólo escuchó a medias, la voz le informó:

—Pulse uno si se trata de una emergencia.

Y ella así lo hizo.

El teléfono empezó a sonar. Contó hasta veinticinco antes de empezar a improvisar un solo de batería aporreando la superficie del escritorio con un lápiz y un boli. Estaba a punto de terminar el redoble cuando alguien respondió al otro lado de la línea.

—Servicio de Protección de Animales. Por favor, especifique la naturaleza de su emergencia.

—Sí, ya. Va a sonar un pelín raro, lo sé, pero bueno, te-

nemos en nuestra tienda un yeti o algo parecido, supongo.  
–Judy torció el gesto. Debería haber dicho que tenían un perro con rabia. Entonces la habrían creído—. Sé cómo sueña, pero no es ninguna broma, lo juro.

–Espere un momento, por favor.

Judy esperó oír de un momento a otro un clic y el tono de marcar en vez del zumbido del auricular, pero eso jamás ocurrió. Tal vez en ese preciso instante estaban rastreando la llamada a fin de poder enviar un coche patrulla para detenerla, o al menos echarle una buena bronca. Bueno, que vieran. Una vez tuviera allí a la poli bastaba con llevarlos a ver al yeti, y entonces ya sería un problema de ellos.

–Servicio de Salvamento y Prevención Criptobiológica. ¿Tendría la bondad de facilitarme su nombre? –El tono de la mujer era de absoluto desinterés.

Ella vaciló, pero llegó a la conclusión de que ya daba igual después de haber llegado tan lejos.

–Judy Hines.

–Y cree tener un yeti en la cámara frigorífica, ¿es eso correcto?

La frase empezó a no sonar tan disparatada.

–Sí, eso me parece –contestó ella, aunque no estaba tan segura como hacía cinco minutos.

–¿Puede describirlo?

–Es grande y blanco, y se está comiendo todo el helado.

–¿De qué sabor?

–¿Cómo...?

–¿Qué sabor parece ser su favorito? Los yetis suelen pirrarse por el Rocky Road. Sin embargo, según mi experiencia, los wendigos se decantan por el sabor a fresa.

–¿Qué es un wendigo? –preguntó Judy.

–Como un yeti, pero más cabrón.

Judy sopesó la posibilidad de que aquella mujer estuviera cachondeándose a su costa. Tal vez ella haría lo mismo si trabajara sola en un turno de noche y la llamara una chalada.

–Me parece que no le gusta la vainilla. –Hubo una pausa muy embarazosa–. Oiga, que no me lo estoy inventando.

–Limítese a permanecer fuera de su camino. Ya hemos enviado a un agente. Debería llegar allí dentro de un cuarto de hora.

–No le he facilitado las señas.

–Rastreamos las llamadas de emergencia –replicó la operadora, y colgó.

La joven se dirigió a la parte delantera de la tienda, muy satisfecha por haber hecho su trabajo, y gritó:

–Van a enviar a alguien, Dave. Salgo a esperarlo fuera, y mientras, me tomo un respiro para fumarme un cigarrillo.

No hubo indicio de que el encargado la hubiera oído, pero ya se lo imaginaría.

La noche era fresca y ella deseó haber tenido la buena cabeza de llevarse el jersey. No obstante, tampoco hacía tanto frío como para molestarse en volver. Se sentó en uno de esos cohetes para críos que sólo funcionaban con monedas, encendió un pitillo y esperó.

Empezó a hacerse preguntas sobre el yeti. Carecía de todo sentido tener en el congelador de Food Plus Mart a un monstruo mítico del Himalaya. Ella albergaba la esperanza de que el tipo enviado por el ayuntamiento fuera capaz de encargarse de la criatura. Dudaba mucho que un palo con un lazo de cuerda bastara para acometer semejante tarea.

Se metió en el aparcamiento una furgoneta blanca en cuyo lateral podía leerse un sencillo rótulo pintado con plantilla: SALVAMENTO CRIPTOBIOLOGICO DE MONSTRUOS. El vehículo avanzó perezosamente hasta estacionarse en una zona bastante ocupada, a pesar de que había muchos sitios libres en el aparcamiento, y del interior salió un tipo en camiseta y con unos pantalones caquis. No parecía gran cosa, y la impresión empeoraba conforme se acercaba. Era alto y desgarrado, y tenía un rostro oblongo y la piel y el pelo azules. Los cabellos eran un revoltijo desordenado que

podría haber dado el pego como manojos de algas. Llevaba un bate de béisbol apoyado sobre el hombro.

La empleada no efectuó comentario alguno sobre su tez azul. En cierto modo no le resultaba raro, como la inexplicable aparición del yeti o el toparse con un elefante en la playa o encontrarse a un aborigen australiano en el centro comercial. Ella no se lo habría esperado, pero tampoco lo habría considerado extraño, sino sólo insospechado. Lo que más la sorprendía era el hecho de no experimentar una fuerte sensación de extrañeza, pero Judy había convertido la indiferencia en un arte, así que lo atribuyó a su impasibilidad.

—¿Es usted el tipo que envían del ayuntamiento? —le preguntó.

—Sí. ¿Hizo usted la llamada?

Ella asintió con la cabeza.

—Entonces echemos un vistazo —propuso él.

—No creo que ese bate vaya a servirle de mucho contra esa cosa.

—Señorita, no recuerdo haberle pedido opinión. ¿Qué le parece si yo le dejo a usted el delicado arte de apilar latas en pirámides ornamentales y usted me permite pelearme con el yeti? —bufó—. Es decir, si es que es un yeti.

Hizo un gesto hacia la puerta y esbozó una sonrisa casi imperceptible.

La joven dejó caer el pitillo en un cenicero y lo guió hasta el congelador.

La criatura seguía allí.

—Es un yeti, sí —confirmó el tipo.

—Se lo dije.

—Felicidades.

—¿Cómo demonios se ha metido un yeti en nuestro frigorífico? —quiso saber ella.

—Los tibetanos se sacan unos cuartos vendiendo ejemplares jóvenes como mascotas, pero claro, luego éstas cre-

cen, y siempre hay un cabronazo que los lleva a otro lugar de la ciudad y se libra de ellas.

Judy torció el gesto.

—Menudo asco.

—¿Qué vas a hacerle? La gente es un asco.

Ella compartía esa perspectiva, por lo cual no se lo discutió. No obstante, aquello propiciaba una cierta empatía por el yeti, pues lo hacía parecer mucho más como un gran osito de peluche mullido, salvo por las garras y los colmillos.

—No irá a hacerle daño, ¿verdad?

—Me pagan por llevarlos vivos.

Se puso el bate debajo del brazo y extrajo un librito de un bolsillo trasero del pantalón. Hojeó las páginas a toda pastilla, asintió para sus adentros, y con un rotulador trazó en la madera cuatro marcas de lo más raro.

—¿Qué hace? —quiso saber Judy.

El tipo de piel azul alzó la vista, contrariado, pero no le explicó nada y se metió en la cámara frigorífica. El menda no fue muy cauteloso que se dijera. Se limitó a plantarse detrás del yeti y a atizarle en la nuca con el bate. No fue un golpe fuerte, pero cumplió su cometido. La bestia parpadeó con fuerza y se desplomó, inconsciente.

El hombre le estampó un beso al bate, sacó el rotulador y empezó a dibujar en el suelo. Trazó un círculo en torno a la criatura inconsciente, y en el contorno del mismo, después de consultar otra vez con su manual de bolsillo, comenzó a escribir unas letras muy extrañas.

—¿Y ahora qué hace? —insistió la joven.

—No lo comprendería.

—Pruebe a ver.

—A menos que tenga una titulación homologada en estudios rúnicos y un certificado académico que acredite su formación en criptobiología por el Supremo Collegium Arcanum de Nueva Jersey, lárguese y deje que me encargue de esto.

Recorrió el círculo, dibujando en él unos signos muy raros. El proceso le llevó unos tres minutos, y cuando terminó y se echó hacia atrás, el yeti desapareció en medio de un destello que le produjo unos puntos oscuros en la visión; cuando se le aclaró la vista, Judy verificó que la criatura se había desvanecido y en su lugar había una pequeña roca esponjosa. La extraña caligrafía estaba desapareciendo del suelo, desvaneciéndose como el humo.

—¿Qué le ha hecho? —quiso saber ella.

—Lo he transmogrificado para facilitar el transporte.

—¿Y ya está?

—Ya está. Ahora, si es usted tan amable de acompañarme a la furgoneta y echarme unas firmas, podré marcharme.

Iniciaron el camino de regreso.

—Ha resultado fácil. Pensé que iba a dar más trabajo —admitió la joven.

—Por eso me pagan una buena pasta.

Se hallaban en medio de la sección de papelería cuando se oyó un ruido tremendo y un estrépito retumbó por todo el establecimiento.

—¿Hay alguien más en la tienda? —inquirió él.

—Sólo Dave.

Algo rugió.

—¿Otro...? —preguntó Judy.

El tipo se sacó del bolsillo una pequeña cuartilla llena de esas letras medio garabateadas y ésta se dobló por su cuenta hasta convertirse en un colibrí de papel.

—Chester, haz un reconocimiento —ordenó el hombre azul.

—Me pongo a ello —respondió el pájaro, y batió a toda pastilla las alas de papel para elevarse por encima de los pasillos antes de regresar en seguida.

—Tenemos un yeti en la zona de las conservas.

Judy dio un respingo cuando una garra barrió el estante de los ravioli con carne en salsa de tomate de la marca Chef

Boyardee Beef y todas las latas cayeron al suelo. Se deprimió al caer en la cuenta de que llevaba trabajando en Food Plus Mart el tiempo suficiente como para identificar un producto y la marca por el simple soniquete de las latas. Las de Spaghetti-Os tintineaban de forma menos audible, y las de judías verdes sonaban de un modo sofocado.

–Mierda, acababa de reponer ese pasillo.

La empleada y el hombre azul investigaron en la zona de conservas. El yeti tenía los carrillos inflados, como si se hubiera metido en la boca la pasta con lata y todo. Todo aquello estaba hecho un desastre. Aquella criatura era bastante más grande que la anterior.

–Eso no debería ser un problema –aseguró él–. Puedo encargarme de él.

Judy se dio la vuelta cuando algo gruñó detrás de ellos y se encontró cara a cara con otro yeti. Éste exhibió los colmillos y gruñó, dejándola paralizada cuando el ser clavó en ella los ojos inyectados en sangre. Le propinó un golpe de refilón que la envió a un lado y luego atrapó al hombre azul, éste forcejeó, pero el monstruo lo alzó hasta ponerlo a la altura de las fauces y se metió la cabeza del tipo en la boca. El cautivo se removió y se retorció mientras la criatura se alejaba sin prisa, chuperreteándolo como si fuera una piruleta.

La joven no oyó gritar al hombre, ya fuera porque estuviera muerto o porque sus gritos de dolor se ahogaran en la garganta encharcada de sangre. El yeti se detuvo al final del camino y escupió a su víctima para luego acuclillarse sobre él y, sin dejar de gruñir, se puso a darle zarpazos. Jirones de tela salieron por los aires. El corpachón del monstruo ocultó la carnicería a los ojos de la joven.

–Mierda, mierda, mierda. –Judy se quedó petrificada, repitiendo el taco como una cantinela.

Oyó un gruñido inquisitivo procedente del pasillo de las conservas. Las garras del yeti rasguñaban las baldosas mientras se acercaba. El ser bufó y olisqueó.

Ella salió disparada hacia las puertas de delante. Estaban a poco más de una docena de pasos y los yetis eran unos torpones con pinta de ser bastante lentos, pero una lata de guisantes rodó hasta ponerse debajo de su pie, haciéndola caer. Cayó encima del olvidado bate de béisbol y se golpeó en la cabeza con él, haciéndolo rodar con estrépito por el suelo.

El segundo yeti rugió mientras se le echaba encima.

–Mierda, mierda, mierda.

Ella siempre había sabido que Food Plus Mart era un trabajo sin futuro, pero no esperaba que el futuro se acabara tan pronto.

El ave de papel, doblada ahora para adoptar la silueta alargada de un buitre, aleteó ante el rostro de la criatura.

–¡Corra, señorita! No podré distraerlo durante mucho tiempo...

El yeti agarró al pájaro y lo lanzó al suelo, donde lo pisoteó varias veces.

Judy recogió el bate de béisbol, lo sostuvo con ambas manos y apretó con fuerza. El tipo del Servicio de Protección de Animales lo había usado para dejar grogui al primer yeti. Iba a tener una sola oportunidad, así que debía acertar a la primera.

El monstruo se abalanzó sobre la mujer.

Ésta alzó el bate y se lo estampó con fuerza en la mandíbula. Se produjo una explosión de energía; después, la criatura salió disparada hacia atrás y voló por el pasillo hasta aterrizar con un golpe sordo junto al yeti que estaba vapuleando al experto del ayuntamiento. Aquél perdió todo interés en su víctima y bramó cuando se desplomó su compañero, el que Judy había golpeado.

Los extraños símbolos del bate refulgieron con mayor fuerza y el arma tembló entre sus dedos. Era un simple palo y el yeti una bestia descomunal, pero aun así la joven se sintió invencible con él.

–Venga, vamos –masculló, apretando los dientes–. Na-

die me destroza los montones de comida enlatada, hijo de...

El abominable hombre de las nieves se lanzó hacia adelante tras proferir un grito bestial que disipó toda la sensación de poder de Judy, quien lanzó un aullido agudo mientras arrojaba el bate contra su adversario. El arma cruzó el aire e impactó al yeti de lleno entre los ojos.

La madera crujió con estruendo y explotó en una nube de astillas que voló como la metralla, hiriéndola en el rostro y los brazos. Un trozo más considerable la golpeó encima del ojo derecho, derribándola. Una niebla lo envolvió todo durante unos segundos, mientras ella hacía todo lo posible por no desvanecerse.

–¿Señorita? ¿Señorita? –La visión se le aclaró lo suficiente para distinguir a su lado a un hombre de papel que rondaría el metro veinte de altura—. ¿Se encuentra usted bien, señorita?

Ella se incorporó, y lo repentino del movimiento casi la hizo vomitar.

–No intente incorporarse. Tiene una contusión bastante fea en la cabeza.

El yeti estaba muerto. Había perdido la cabeza, que había quedado reducida a la nada. Ni siquiera había sangre ni quedaban restos de sesos, sólo un cráter humeante. Ella bajó la mirada en busca del trozo de madera quemada que le había abollado el cráneo.

El hombre azul se situó junto a ella.

–¿Se encuentra usted bien, señorita?

–Tal vez necesite atención médica –aventuró Chester.

Judy intentó hablar.

–Se pondrá bien –contestó el hombre–. Chester, ve a la furgoneta y tráeme el elixir de sanación, el de la botella amarilla. Eso hará que se recupere.

–En seguida, jefe –replicó el ser de papel antes de doblarse hasta convertirse en un colibrí y salir volando.

–Pero, pero... –Judy se cubrió los ojos con la mano como si intentara poner en orden las ideas–. Pero si el yeti te hizo papilla.

Su interlocutor la ayudó a mantener el equilibrio mientras ella se levantaba. La visión se le aclaró y entonces se dio cuenta de que el tipo tenía la ropa hecha jirones, pero ni una sola herida. Ni tan siquiera un arañazo.

–¿Cómo no has muerto?

–Soy azul.

Judy se apoyó sobre él a fin de no caerse.

–¿Qué...?

–Resultado invulnerable a cualquier daño físico mientras sea azul.

Tal vez no había dejado de darle vueltas la cabeza, o quizá fuera por el tono realista de su réplica, pero ella encontró lógica la respuesta.

Al final del pasillo se asomó una mancha borrosa cuyo contorno recordaba a Dave.

–¿Qué demonios ha pasado?

–Todo va bien, Dave. Yo y el tipo que nos ha enviado el ayuntamiento vamos a encargarnos de todo. Estooo..., ¿cómo se llama usted?

–Monster –respondió el hombre azul.

–Desde luego. Bueno, Monster, o me siento o vomito, lo que no creo que le guste nada, a menos que mientras usted sea azul también esté a salvo de tener que pagar las facturas de la lavandería.

Se pusieron a buscar y en seguida encontraron un taburete donde la empleada se sentó, se reclinó contra el mostrador y cerró los ojos.

–Mierda –dijo Monster–. Mató usted a uno.

Ella entreabrió un ojo.

–Iba a devorarme.

–No merece la pena cargar un yeti muerto para la toma de muestras alquímicas. Un millón de gracias.

–Lo siento –contestó la joven, aunque no era cierto.

El hombre de papel regresó con una botella de plástico y se la entregó a Judy.

–Bébase esto, señorita, la ayudará a sentirse mejor.

Tomó la botella exprimible, apretó el plástico blando y se bebió un chorrito.

–¡Puag! Sabe a meado.

–Eso es por la vejiga de mantícora –le explicó Monster–, pero sin ese ingrediente, el elixir de sanación no sería mucho más efectivo que una bebida isotónica, así que tendrá que tragárselo.

Judy refunfuñó, pero notó más despejada la cabeza, de modo que sorbió ruidosamente otro chorro.

La fatiga había embotado a Dave, pero cuando sacudió la cabeza para despejarse y se puso a farfullar para sí mismo, ella supo que estaba de malas pulgas. El establecimiento estaba hecho un desastre y no había forma de arreglarlo todo antes del siguiente turno.

–Bueno, ¿qué tenemos aquí? –dijo Monster–. Dos yetis en plena forma y uno... muerto. –Fulminó a Judy con la mirada.

La joven esbozó un mohín que en parte era sonrisa y en parte gesto de disgusto.

–Esa cosa iba a comerme.

–Ya, ya.

–Que les den a las horas extra –dijo ella–. Me voy a casa, Dave.

El encargado farfulló su aprobación. O su desaprobación. O indiferencia. Fuera cual fuera la respuesta, ella se largaba de ahí.

–Vamos a necesitar que nos firme unos formularios, señorita –anunció Chester.

–Lo que quiera, pero que sea rápido.

–Me dejé los impresos en la furgoneta, Chester –dijo Monster.

La joven siguió a Chester hasta el aparcamiento en vez de esperar a que volviera con los documentos y encendió un cigarrillo mientras él rebuscaba en la parte trasera de la furgoneta.

—¿Cómo lo ha logrado ese tipo? —preguntó—. ¿Cómo ha convertido al yeti en una piedra y tiene un bate de béisbol que explota?

—Me encantaría explicárselo, pero en realidad ni yo mismo comprendo del todo la magia de este universo inferior, y además, incluso si fuera capaz, lo olvidaría en un pispás.

—He estado a punto de morir esta noche. Ese tipo de cosas impresionan a una chica.

—Oh, bueno, eso sí va a recordarlo, pero no tardará en descubrir que los detalles le resultan un tanto... imprecisos.

—Un momento, ¿me estás llamando muggle?

Chester tomó un portapapeles y se bajó del vehículo dando un salto.

—Esa palabra no está oficialmente reconocida.

Ella le arrebató los impresos.

—No soy una muggle bobalicona.

—Como usted diga, señorita, aunque sólo los muggles utilizan la palabra «muggle».

Su rostro de papel carecía de labios, pero ella adivinó una sonrisa de condescendencia y estuvo tentada de tirarle el pitillo.

—Toma, todo firmado. ¿Puedo irme ya?

—Sin duda, señorita. Le deseo una buena noche.

Ella le lanzó el portapapeles y se encaminó hacia su coche.

—Y dígame a su jefe que tiene suerte de que no le ponga una demanda por darme un bate explosivo.

Judy no veía cómo iba a olvidar nada de aquello, y su tendencia a llevar la contraria le hizo tomar la determinación de recordarlo todo.

Pero cuando llegó a casa no se acordaba de ese propósito.